

El cañonazo

Fernando Lalana y José Videgaín

Ilustraciones de
Raúl Salazar

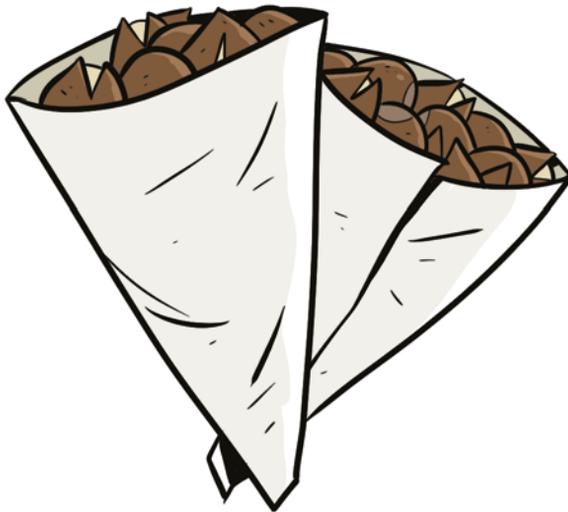


Yo

Me llamo Matilde Losal y soy una chica normal, con una vida normal. Casi normal. Prácticamente normal. Tengo doce años y estudio primero de secundaria en el instituto de mi barrio, que se llama Sainz de Varanda. El instituto, no el barrio. El barrio se llama Torrero.

También tengo una abuela, a la que le gusta comer castañas asadas durante todo el año. Nunca menos de dos cucuruchos a la semana, sea invierno o verano. No es raro que, en pleno agosto, cuando vamos a la piscina municipal y todos mis amigos están tumbados en la hierba tomándose un helado, mi abuela y yo lleguemos

con la toalla al hombro y comiendo castañas bien calentitas. Aparte de ese detalle, mi abuela Matilda es una abuela bastante normal. Prácticamente normal, diría yo. Incluso está bastante sorda, como casi todas las abuelas.



Mi casa

Mi padre dice que vivir en un apartamento es la cosa más aburrida del mundo. Siempre las mismas habitaciones aburridas, los mismos vecinos aburridos, las mismas vistas aburridas a través de las mismas ventanas aburridas, y todos los días subiendo y bajando en el mismo ascensor aburrido; salvo si subes o bajas por la escalera, lo que resulta igual de aburrido, pero mucho más cansado. Si vives en un octavo, agotador.

Nosotros no vivimos en un aburrido octavo piso, sino en una caravana, que es como una casa con ruedas. Vivir en una caravana es divertidísimo. Puedes ir de un lugar a otro, aparcar aquí o

allá, junto al mar o junto a un volcán, cambiar de aires, cambiar de vistas, cambiar de vecinos. Y no hay que tomar el ascensor, porque una caravana tiene una sola planta. Pero, vamos, aparte de eso, nuestra caravana es como una casa normal. Casi normal. Prácticamente normal. Sobre todo, porque nuestra caravana lleva treinta años aparcada en el mismo lugar, sin moverse de la explanada que se abre al fondo del barrio, donde hace mucho tiempo había una cárcel. No me preguntéis por qué derribaron la cárcel ni qué pasó con los presos que había dentro, porque no lo sé. Historias del pasado remoto.

A veces, le pregunto a mi padre por qué no trasladamos nuestra caravana a la orilla del Cantábrico o junto al monte Vesubio. Él me sonríe y me responde que sí, que podemos irnos cuando queramos porque somos una familia nómada y libre, pero que, de momento, aquí estamos bien. Y es verdad, hay que reconocerlo, en Torrero se vive bien, tengo buenos amigos y el Varanda es un buen insti. Es verdad que no he conocido otro barrio ni otro instituto en toda mi vida, pero, aun así, yo creo que Torrero y el Varanda están bastante bien y que, al menos en ese aspecto, soy una chica con suerte.

Recuerdos

Seguro que todos tenéis en vuestra casa un acueducto romano de plástico en el que pone «Recuerdo de Segovia». O un florete de mosquetero colgado de la pared en el que pone «*Souvenir* de D'Artagnan». O una postal con la foto de una paella en la que pone «Recuerdo de Valencia, que es la tierra de las flores, de la luz y del amor». Bien, pues en nuestra caravana, como es prácticamente una casa normal, ocurre lo mismo: cada vez que mi padre regresa de uno de sus viajes, nos trae un recuerdo; por ejemplo, una pequeña torre Eiffel si viene de París; o una de esas muñecas rusas que se meten unas dentro

de otras si regresa de Moscú; o un llavero hecho con el caparazón de una tortuga si vuelve de las islas Galápagos.

Tenemos unos mil trescientos recuerdos de los viajes de mi papá. La abuela ya no sabe dónde meterlos. Si alguien viene de visita, al marcharse siempre se lleva dos o tres, le gusten o no. La abuela lo invita a castañas asadas, pero, a cambio, se tiene que llevar un *souvenir*.

–Oye, Carmelo, ¿tú has estado alguna vez en Helsinki?

–No, doña Matilda, nunca he visitado la China. Alfocea sí, pero Helsinki...

–Pues toma, llévate esto y así podrás presumir de haber ido de vacaciones a Helsinki. Helsinki, Finlandia. ¡Ignorante!

Y mi abuela le regala a mi amigo Carmelo una taza con la imagen de un reno en la que pone «Recuerdo de Helsinki» escrito en un idioma muy raro.

–Yo se lo agradezco mucho, doña Matilda, pero... es una taza muy fea.

–¿Cómo dices? –pregunta mi abuela colocándose la mano tras la oreja.

–¡Que es muy fea! –le responde Carmelo, a grito pelado.

-¿Quién, yo?

-¡La taza!

-Ah, ¿sí? Pues te aguantas. ¡Desagradecido!
Anda, lárgate de aquí, que ahora tengo que ver
Cantando bajo la lluvia.

-Sí, señora.

Y mi abuela se pone a ver, como cada día,
Cantando bajo la lluvia, que es una película an-
tigua pero muy divertida. La ve en su viejo te-
levisor de tubo y con su viejo magnetoscopio
VHS. Como tiene muy mala memoria, cada día
es como si la viera por primera vez y siempre se
lo pasa en grande.¹



1. Para nuestro admirado Antonio Mercero, *in memoriam*.
(N. de los AA.).





CUENCA

EGIPTO

GUINIA

PISA

CANTANDO BAJO LA LLUVIA
CA
BA
LU

VHS